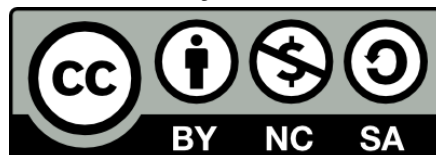


**NÉSTOR MENDOZA**



**Néstor Mendoza**

*Ojiva*



Esta edición se realiza bajo la Licencia Creative Commons. Incentivamos la difusión total o parcial del contenido de este libro por los medios que la astucia, la imaginación y la técnica permitan, siempre y cuando se mencionen las fuentes y se realice sin fines de lucro.

Diagramación: El Taller Blanco Ediciones  
Diseño de portada: Lino Guglielmo  
Impreso en Bogotá, Colombia, mayo de 2019

Néstor Mendoza

# Ojiva



El Taller **Blanco**

COLECCIÓN *Voz Aislada*



## **OJIVA: UNA «HERIDA VERTICAL»**

Podría decirse que *Ojiva* de Néstor Mendoza es un poema en blanco y negro, escrito en una fusión entre prosa y verso, a la manera de un caligrama y una película. Este fue lanzado por el autor como un «proyectil emocional», cuya función era detonar en el lector.

La verticalidad es la columna vertebral de este canto compuesto por 21 estrofas –estructuradas a modo de cuenta regresiva–, que en sí mismo es un movimiento de aproximación a la muerte.

De este modo, la metáfora de la ojiva y sus connotaciones (tales como constituir una parte de un explosivo o proyectil, o ser un arma que alberga sustancias explosivas, o un arma de destrucción masiva), le sirven al autor para hablar de la nostalgia, el desamparo y la muerte –propios y los de nuestro hermano país de Venezuela–, pero también para escenificar una caída.

El lector, a lo largo del poema, percibe una amenaza latente, pintada con el color de la cal y su olor a muerte y humedad. Pero en realidad, más que lector se convierte en un espectador del poema, porque este inevitablemente mira hacia arriba y espera la caída, que aquí se presenta con relación a la muerte y al lenguaje.

En su obra, Néstor nos muestra que existe una gran diferencia entre el arriba y el abajo, y pone en escena «la plenitud de la poética de lo icárico», como ya lo había anotado Francisco Javier Gómez Campillo (2002)<sup>1</sup> al estudiar otros autores que

abordan el tema de la caída, entre los que se puede mencionar a Baudelaire, Nietzsche, José Gorostiza, Lewis Carroll, Carlos Castaneda y Vicente Huidobro en su poema *Altazor*.

Así que, siguiendo a Gómez Campillo (2002, p. 4), al igual que en Huidobro, «la caída funciona en el poema como su esencia, dado que lo determina (...) a partir del lenguaje con el cual está escrito». Y esta «herida vertical» (p. 12) que se abre con la presencia de la ojiva nos deja evidencia del esplendor que puede llegar a tener lo trágico. Esta caída, en su movimiento vertical, en el descenso mismo, tanto del objeto que se vislumbra como del lenguaje que cae en sí mismo, revela una experiencia compartida por el autor y el lector, con todas las implicaciones que conlleva y cuyo límite es la muerte.

Si lo dijéramos en palabras de José Ángel Valente (2001)<sup>2</sup>, esto sería señalar que «caer fue sólo una ascensión a lo hondo». Y esta profundidad que se lee al revés, también es lenguaje, en el sentido en que Néstor Mendoza «dice la caída y al decirla hace de ella el movimiento total del poema» (Gómez Campillo, 2002, p. 86).

Desde otro punto de vista y debido a la forma singular de caer, también podría hablarse de una «caída inmóvil» (Gómez Campillo, 2002, p. 28), si se toma en cuenta que el abismo en que se cae es, de hecho, el lenguaje, pero a su vez el vacío. A modo de oxímoron, esto sería algo así como una «vertiginosa quietud» (Gómez Campillo, 2002, p. 29).

Tanto la caída en exceso lenta (que parece nunca terminar), como la profundidad cifrada e inexplicable de un caer hacia arriba, nos deja al descubierto una extraña perspectiva simultánea del mismo suceso. Y esto nos lleva a recordar a

*Alicia en el país de las maravillas*: «O el pozo era en verdad profundo, o ella caía muy despacio» (Lewis Carroll, 1993)<sup>3</sup>.

No obstante, lo mejor será que el mismo autor ponga en jaque al lector al revelarle la experiencia del abismo y su duplicidad: el abismo de arriba y el abismo de abajo. ¡Bienvenidos a la explosión!

**SANDRA URIBE PÉREZ**

<sup>1</sup>Gómez Campillo, F. J. (2002). *La poética de lo icárico*. (Tesis de Maestría). Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador - Área de Letras.

<sup>2</sup>Valente, J. Á. (2001). *Entrada en Materia*. Madrid: Cátedra.

<sup>3</sup>Carroll, L. (1993). *Alicia en el país de las maravillas*. Al otro lado del espejo. México: Editorial Porrúa.





**Ojiva**



*Ustedes  
perdieron un país  
dentro de ustedes.*

YOLANDA PANTIN

*¿Y a qué le canta en esos poemas?  
A la nostalgia, al desamparo, a la muerte,  
¿qué otra cosa se puede cantar en Tomos?*

**Lejos de Roma**

PABLO MONTOYA



a *Rubén Ackerman*,  
quien se despidió antes de tiempo  
y detonó, en cierta forma,  
este proyectil emocional.

a *Víctor Manuel Pinto*,  
por regalarme la estructura de este poema  
y por darle nuevo orden al inicio.

a *Luis Noguera*, amigo y artista,  
quien no soportó tanta realidad.



## XXI

Parca fue su partida, así tan  
parca o quizá tan súbita como  
el impacto de la muerte  
empaquetada en forma de huevo  
que devastó todo lo verde y todo  
lo azul del cielo. Por eso ahora  
todo es blanco. Todo tiene  
el tono de la cal que cubre a  
las mascotas olvidadas por  
sus amos. Dicen que el descenso  
no fue vertical. La ojiva se movía  
con diversos ritmos; al horror  
hay que darle su tiempo:  
debe durar o hacerse sentir  
con fuerza. Debe administrar  
muy bien sus efectos. Las casas  
perdieron sus colores, sus fachadas  
cayeron como naipes en una mesa  
que ha quedado, al fin, limpia,  
diríase dormida. Un muro blanco.  
Vino lo blanco, lo blanco.  
Tiosos quedaron. Desde tierra  
el artefacto tiene forma de huevo.  
Es un ovoide metálico, líquido,  
no se sabe. Tampoco se sabe si  
viene tripulado con destrucción.  
El día transcurre claro, no existe  
la sospecha del descenso;  
los paseantes siguen acumulando

las rutinas en pequeños y manejables  
frascos de cristal, sin sospecha  
alguna de la detonación. Aún no  
llega la onda expansiva. Los cuerpos  
aún no reciben el choque previo a la  
desaparición. La ojiva aún no silba  
su canto de muerte a los oídos vivos.

Hay un sonido seco, vibrante,  
reservado a los últimos sobrevivientes.  
Para ellos habrá un susurro de viento,  
un golpe de aire, no medible, que les  
dejará una breve sordera antes de  
que sus cuerpos se tornen blancos,  
puros al fin, inmaculados.



## XX

¿Y si todo era una maniobra o un ensayo,  
incluso un error? ¿Y si la ojiva llegó  
equivocadamente, una estación antes  
de lo previsto, hasta nuestros huesos?  
Allí viene el huevo, el ovoide, la ojiva.  
Allí viene con su forma líquida o sólida.  
Su punta no permite sospecha  
entre los paseantes; por eso miran  
compasivamente el descenso, casi  
amorosamente, la caída y el quebranto.  
La mujer ve la caída, en su silla, que  
se dobla; está sentada y en su silla  
despacha cigarros y ofrece llamadas,  
comunicación, contacto de oreja con  
oreja en ese aparato mil veces usado  
y amarrado con hilo o nailon o cuerda  
para que la voz no se vaya, sea robada.  
La mujer sentada, preferiblemente joven  
y morena, delgada; así debe ser, delgada,  
cabello lacio, camisa pegada, ajustada  
debe tenerla así, como su pantalón,  
no propiamente jean sino tela flexible,  
pegado, *leggings* que delinee piernas  
y que enseñe la flacura, con estampados  
o simplemente oscuro; y arriba, el pelo  
o cabello, recogido, con peineta,  
con moñera. Qué hermosa su pobreza.

## XIX

La expansión no los cogió inadvertidos. Hubo tiempo de agarrar algunas prendas de los armarios, de las repisas, poquísimas cosas, realmente; enseres del restringido inventario de los depósitos, lo que podía sujetarse entre los dedos. Hubo quienes intentaron ocuparse en una despedida tranquila, con música apropiada y algunas sobras de comida para conmemorar una última cena. El huevo semejaba una cicatriz en el lienzo del cielo; podía ser cualquier cosa, menos el artefacto en el cual tripula la destrucción; podía ser un anuncio benigno, la llegada del redentor en una nave ovalada, blanca, dura, no se sabe, pero sí movable o suficientemente perceptible para el ojo humano. Todos miraron el huevo; una mirada colectiva, consensuada, total; millones de ojos que por varios segundos o minutos, o a lo mejor horas y años, dejaron sus cotidianidades, el nudo de la corbata a medio hacer, la greca sin café, la luz roja, cualquier cosa, y miraron con ojos quizá sorprendidos o compasivos allá arriba; comprobaron que sí es posible confundir el horror con el amor; que desde lejos solo vemos un bosque tupido de árboles y no la nervadura de la hoja y las patas del gorgojo recorriéndola, lento o rápido, no importa. Los álbumes familiares lentamente quedan sin fotos, al extranjero van las imágenes una a una; se van con sus bultos de adioses, solo saben irse

y no quedarse; quienes quedan ven la bola bajar  
y a pesar de todo se abrazan, intercambian ceguera.

## XVIII

*Este es el sitio de los desafectos.*

Hubo tiempo, desde luego, para el suicidio.

Las navajas fueron utilizadas para  
interrumpir el curso de la sangre.

Los balcones sirvieron de acantilado.

Algunos eligieron la breve soledad  
de una habitación, lejos de hijos,  
de esposa, lejos de madre y padre,  
para la decisión definitiva. Eso era todo.

No se puede creer que el descenso elegante  
del huevo provoque esta actitud de efigies.

La saciedad no significa la anulación del hambre,  
no siempre quita el silbido de los estómagos,  
estos estómagos, aquestos estómagos vacíos,  
están vacíos, muy vacíos, estos estómagos  
de los espectadores de todo lo que cae en forma  
ovalada, otra vez, esta vez, el ruido y las tantas  
formas de perder la vida con una sola detonación.

*El hambre no era ganas de comer  
sino la tristeza de estar solo y hambriento.*

La rebelión de bolsas abiertas y dispersas  
en el camino que no parece llegar a ningún lado,  
salvo a otras bolsas igual de abiertas y dispersas.

Y los que buscan y encuentran son tan iguales  
a los que no buscan y no encuentran nada, salvo  
algún fragmento o vestigio que resguarde un  
bocado a la hora del almuerzo o la calma ya  
resignada de buscar una botella para llenarla  
y agitarla con ambas manos para que desprenda

ese sabor que abajo se aloja, sabor rojo de salsa  
olvidado allá abajo, en el fondo, añejo, sin barricas.  
Somos tubérculos, llevamos encima la tierra  
y las raíces, sucias, bastante escuálidas  
para correr, no dan las piernas para correr,  
no dan las piernas para caminar, no dan para amar.  
Somos tubérculos: deberíamos serlo por el consumo  
infrecuente; la piel se endurece, la piel es oscura, de yuca,  
terrosa, tiene el color de los objetos enterrados, aquellos  
objetos que crecen ocultos, con raíces, muchas,  
peludas, brazos pequeños, alargados, que crecen  
para sujetarte al suelo, para no irse, para morir aquí.

## XVII

Más cal para los muertos; una pala más de cal, de su blancura que detiene el avance de los olores, que disimula la peste con polvo blanco, momentáneamente, pero no impide que surja el coro de larvas y de las alas que transforman lo que alguna vez fue un bello organismo. Los cuerpos estaban quietos y en fila india, en filas numeradas, con brazos marcados, por orden de llegada o por orden del caos o por quien sea capaz de decir quién va en la punta o quién va en la cola, de último.

Casi daba lo mismo quedarse en casa, cómodos, o en algún vagón o vagando y quizá calmando el hambre, domándola, amaestrándola en la búsqueda de la saciedad; ojalá llegue la ojiva y calme, y acabe, a lo mejor, esta hambre.

El hambre también era una bola y rodaba.

El hombre también busca cómo irse y solo encuentra una opción en la caída.

El hombre decide, no le queda otra opción, que buscar consuelo desde un alto piso.

No quisiera que cayeras desde arriba, solo, sin nuestras manos sujetas a las tuyas para persuadirte de que tu caída irreparable no debe ser como la de la ojiva; no caigas, amigo mío, no caigas, que la vida también puede vivirse luego de este daño heredado. Tan cansados estamos, tan aferrados a esta quietud de cosa próxima a la despedida.

El cuello duele, alguna parte debe estar dormida, medio muerta, desanimada, ansiosa, sudorosa, confundida, con ganas de ver otras maneras de sentir la aparición o la desaparición.

## XVI

Quienes veían el descenso de la ojiva  
de pronto recordaron todo lo vivido  
y todo lo que no pudieron vivir; fue tanta  
la impresión y tan claras las imágenes  
de los recuerdos que con toda seguridad  
reconstruyeron viejas escenas de tactos  
y roces entre la maleza, diríase que fotogramas  
de una película en blanco y negro, con la  
exactitud de quien recuerda los episodios  
de burlas adolescentes o rechazos en pistas  
de baile. Eso no se olvida, tampoco  
el impacto y la detonación.

La olla podía ser la llaga y dentro  
de ella se cocía rápido la pobreza.

La olla que dentro lleva agua  
y algunos retazos de verduras, puntas  
de yuca, pedazos irregulares de ahuyama,  
tomates mallugados, que se pidieron o se  
robaron; no importa pues importa  
solo el hervido rápido, el hueso que  
dentro se calienta solo sin carne  
para todos los que alrededor están,  
los que esperan una parte de esta  
cocción en plena avenida, a la luz del  
día, mi día, tu día, este día en que todo  
es posible, incluso comer sin ventanas;  
comer a la intemperie que nos une  
en su completo desgano. Y de nuevo  
la olla apaleada, tan usada, que se va



oscureciendo de tanta ceniza adherida  
a su cuerpo plateado, ahora negro,  
por siempre negro de tanto arder.  
La luz, la luz, te ruegan tus hijos que  
confunden al redentor con desaparición.  
Se fue la luz: tan ausente estaba de las paredes  
internas de las guaridas, establecimientos  
donde las personas suelen esperar pacientemente  
la huida hacia otros planos menos corporales,  
justo después de la huida de la luz, no la luz de ojiva,  
esa no, sino la otra luz que se genera para  
que no haya necesidad de nuevas devociones con velones,  
cirios y otras maneras de ahuyentar lo oscuro.  
Ese cuerpo no debía irse así, esos cuerpos pequeños,  
crecidos, neonatos, sexagenarios, pobres cuerpos,  
enrojecidos, blanqueados, verdosos, no amados.

## XV

Huevo que cae y no se rompe  
aunque caiga sin bridas del cielo.

Déjate caer y no nos rompas  
los huesos con tu centro.

Huevo sideral que de improviso  
caes en esta tierra árida, a esta hora.

Huevo de metal o líquido, no destruyas  
estos cuerpos que, aunque débiles,  
desean seguir tocándose, caminar,  
hablar; ovoide que cumple un objetivo  
y una dirección, que llegas del cielo,  
desde una altura que no podemos  
precisar, no nos prives de la respiración.

Acostado, en camilla y en el suelo te rezo,  
huevo, ojiva que bajas y que pretendes  
darnos la esperada desaparición. Hacia  
bajo vienes sin pastillas, acaso vienes con  
escasas maletas y alimentos, en cambio  
sí vienes con ruido, oh huevo, mucho ruido  
y con mucho verbo, con aniquilación.

No nos enseñaron a dejar atrás el mal  
y abrirle surcos a la luz, ahora sí, benigna,  
que no ciega o aniquila sino que en bello  
coro nos da la bienvenida a un nuevo hogar.  
Esa luz aún no llega o no la han dejado bajar,  
manar, pasearse aquí entre quienes observan  
cuerpos celestes que caen, detrás de la neblina,  
cortina gris de la calina, calles de la niñez,  
tranquilas, cómo podremos volver a tenerlas.

## XIV

La simpleza de la punta, alargada en el ápice y más ancha y abarcadora, gorda, en la cola.

No precisamente un triángulo, pero sí una superficie cónica, casi cónica vista con estos pobres ojos humanos, cansados, aletargados de tanto mirar el desespero de los que buscan

un refugio inútil para sobrevivir: una hoja de plátano, un techo de zinc, una laja que cubra.

Así dicen que era la ojiva. No hay consenso.

La veían con el hechizo de verse desnudos por primera vez; la veían y de esa forma reían o lloraban por el posible redentor o asesino.

Una cabeza de huevo, más bien, una parte del cuerpo y no el cuerpo entero era lo que se venía encima, destructiva. Así era. Punta metálica, ahora sí, era visible. No había duda. El terror tenía punta y era metálica. Lo demás, no se sabe.

Si el miedo llegaba al cuerpo debía ser de metal como la punta del huevo. Todo de hierro, la punta de hierro. Cabeza bélica, de combate o de guerra, la ojiva bajaba cielo abajo. Tripulada de muerte, también podía ser líquida, bañándonos o inundándonos de todo su centro viscoso. Entonces no era metálica.

### XIII

Se detuvo. El proyectil se paró no se sabe cuántos minutos pero solo se sabe que se detuvo. Eso es comprobable y medible, solo basta mirar hacia arriba en actitud pasiva pero atenta. De esa manera sabremos su densidad. Acelera y veloz se detiene pocos metros antes de precipitarse; luego asciende y desciende y así continua por varias horas; lo ancho de la ojiva parece de otra materia maleable, obediente, tan verídica que muchos intentan meter sus dedos para comprobar su textura, olor y sabor; querían saber si su piel era nutricia, comestible; en algún momento todos alzaron sus dedos, nuevamente en unánime coro; cantaban o balbuceaban una oración que impidiera el golpe final en la tierra. La confusión crece y en medio de todo el caos aún existe la posibilidad de sentarse en sillas de plástico, plegables, en colchonetas portátiles, en la espera de los alimentos que de la ojiva bajan, ¿bajan?, de madrugada.

## XII

Qué mano accionó el misil, desde dónde despegó  
y por qué decidió tomar la dirección que ahora tiene.

De qué zona viene, quién giró la palanca o quién  
decidió que debíamos ser blancos del aborrecimiento.  
El huevo traza una parábola, va girando y con sus vueltas  
intimida y aunque parezca contradictorio estimula;  
es un péndulo que con monótono pero sostenido  
movimiento afianza en los hombres una obediencia,  
sumisa al fin, feudal en definitiva. De izquierda a derecha  
se mueve y no se detiene, nada retiene su ritmo  
que condena, que poco a poco causa un hondo sueño,  
como de golpe en la nuca, en la cabeza, no del huevo,  
sino en la nuestra, nuestra pobre cabeza que solo mira  
el cielo en espera del trueno o de la salvación.

Agítanse las sombras al golpe de la ojiva,  
con el estruendo que enluta barrancos y montañas,  
y en la noche capitalina anuncia una breve luz  
que ilumina las avenidas sin faroles o demarcaciones.

Atrás quedan las viviendas, los amigos,  
las deudas no honradas; atrás quedan algunas  
prendas y cajas que solo esperan cubrirse de polvo  
para volverlas irreconocibles si por algún motivo  
deseáramos volver, aunque sea mentalmente.

## XI

La actitud ante el impacto hizo pensar en los trámites y deudas, en las acciones de un pasado particular no tan remoto, justo antes de que la ojiva endureciera con su golpe las facciones de todos.

En este trance retrospectivo pudieron pensar y desenhebrar los problemas no resueltos o premeditadamente guardados en los baúles mentales. Dieron gracias por el huevo, por su aparición y descenso.

Cómo una sola ojiva es capaz de acabar con tanta zona fértil, y con su punta acallar millones de cuerpos coloridos, ahora blancos, desteñidos, por siempre pálidos.

Al camión subían niños y hombres, también mujeres y niñas uniformadas. A sus casas dirigían sus cuerpos luego del trabajo y del tiempo invertido en la búsqueda de las esferas de la ojiva. De las barandas metálicas se sujetaban, se subían y pagaban y el camión movía sus cuatro cauchos cansados del desgaste, su motor y sus partes usadas, cambiadas o trocadas, incluso robadas para andar.

Lo que importa es rodar, ir más allá de la glorieta, de la siguiente parada.

El caminante camina y mientras lo hace piensa en su labor de caminante. La destrucción, si llega, debe alcanzarme

y aceptar mi ritmo, mi trote, mis pasos.  
Hasta la barra del bar debe llegar la ojiva.  
Que llegue antes de que la chica pula  
nuevamente la barra y ponga en ella  
la nueva cerveza, antes de que observemos  
sus años y el origen de sus facciones y la  
tela elegida para su cuerpo y su acento.

## X

Tanto se tardó la ojiva en romper que hubo tiempo para embalar, dormir y traficar. Tanto que el tiempo alcanzó para vaciar los anaqueles, ya vacíos de antemano; tanto tardó el impacto que algunos olvidaron por qué otros aún seguían mirando el cielo, el mismo cielo que antes miraban todos en unánime coro. La ojiva cambió los colores de los habitantes. La ojiva pudo ser un elefante blanco, una pieza de ebanistería. Eso la hacía más letal; se le teme a lo que puede llegar a estallar, no se sabe cuándo; eso es peor, se trata del miedo que gotea poco a poco en la cabeza y va podando el cabello, va dejando la piel sin Cabello, solo piel antes de que la piel se desgaste y ya no haya piel sino cráneo, hueso, solo hueso antes de que se vaya el hueso y venga otra vez carne, el cerebro, para ser más exactos, y así hasta desgastar toda la cabeza, no del huevo, sino la nuestra.



## IX

La ojiva no se desgasta porque no tiene hueso.

Es como esas especies marinas, gelatinosas, que si te acercas te envenenan el cuerpo, solo con rozar algunos de sus filamentos venenosos.

Porque la ojiva parezca blanda no deja de ser peligrosa; un golpe blando, lento, igual socaba

las bases de un búnker reforzado con varios mantos de concreto, incluso enterrado miles de metros en la tierra. Aunque algunos digan que

tiene punta metálica, endurecida, es posible creer que su cuerpo pudiera ser tan flácido como bolsa ahuecada; en ese caso la bolsa sirve para la asfixia.

*Compro oro y plata, a la orden*, dicen al inicio y al

final del bulevar: es la frase que invariablemente dicen las chicas y algunos hombres en alternancia de voces, casi siempre, o al mismo tiempo, algunas

veces; estas voces que como en un templo al aire libre venden y compran oro y plata con ropa sudada, y los miran o no los miran, con detenimiento, tedio

o confianza de seres vistos tantas veces que ya no vale la pena volverlos a ver porque son los mismos

seres de pie, que hablan y no sé por qué no se cansan de repetir tantas veces que *se vende oro y plata, a la orden*.

## VIII

El ojo del amo *enflaquece* el ganado.  
La ojiva nos mira. Tiene ojo de dios,  
ojo de buey, inmensa bola negra,  
que refleja como espejo negro. Ojo  
de ganado sacrificado, a punto de ser  
sacrificado, a punto de recibir el golpe  
con que se acostumbra acabar con la  
respiración de las reses, antes de que sean  
cortadas y trasladadas a los congeladores  
o a un probable plato en nuestras pobres  
mesas. No se puede desconfiar de ese gran  
ojo que nos mira, vengade donde venga;  
ese ojo nos ha estado mirando desde  
arriba, en alguna parte de la ojiva, y nadie  
lo puede evitar. Ojo de buey o de vaca,  
a fin de cuentas, ojo animal que se parece  
a nuestro ojo por más que intentemos  
una clara diferenciación. Ojo de buey o de vaca.  
La *hierra* del ganado como señal de *lealtad*,  
desde hace varios lustros hasta nuestras fechas,  
años y más años de marcas, *cruz de huesos*.  
Me da miedo esa niña que a veces persigue;  
me da miedo, mea culpa, su cuerpo, que crece  
en la calle rodeada de otros niños que van  
creciendo en la intemperie, en la avenida,  
cerca de los centros comerciales que les temen  
y que los echan porque la mayoría de las veces  
piden y en ocasiones se llevan cosas para ellos  
y para alguien más que observa a larga distancia.

Me da miedo el crecimiento de esa niña rodeada de niños: ella es un poco más alta que los demás niños, ella no sabe cuándo dejará de ser niña o qué cosa significa el principio de sus senos y el principio de la altura y el abultamiento de las nalgas y esa manera de moverse, algo agitada, como si algo buscara; temo que su cuerpo crezca más y ella ya no sepa qué hacer con el crecimiento de su cuerpo.

## VII

Se esperaba que la ojiva proyectara una potente luz desde la altura, una luz que ofreciera una ceguera definitiva o por lo menos momentánea, algo así como un placebo para olvidar el hábito de mirar sin mirar, de tener los ojos bien abiertos para avanzar en la tiniebla. Pensaríamos en un escenario negro, igual que el vestuario de la voz, de pies a cabeza, todo negro, mucho negro para que solo la voz y sus coloraciones destaquen y se proyecten con una pureza ilusoria entre todos; sonidos continuos y en armonía que nos haga vulnerables, así como quien recibe elogios sin corazas, caparazones o rompeolas. Una voz envuelta en chaqueta negra, mangas y puños negros y solo la parte superior en la cual emana la voz, qué voz, buena voz, sereno canto que no parece matar sino engendrar más espectadores y observadores. Que emanara una luz del huevo era lo esperado. La luz nunca emanó. Se esperaba una larga manguera de luz, un chorro firme, que bañara por igual las montañas y serranías. El objeto sigue su curso, baja y baja y mientras baja deseamos saber su origen, su manufactura. Qué trae para nosotros este huevo que no sabemos si destruirá o salvará, quién lo ha lanzado y por qué motivos llega a las puertas

de cada víctima que observa y medita la trayectoria  
de la ojiva, esta ojiva maligna o benigna.

## VI

Pareciera que algo se asoma del ápice; un silbido que primero inquieta a los animales y los hace volar con torpe batir de alas y con erráticos pasos de bestia terrenal; el fino oído animal revienta por el hilo de ruido que emana del huevo. El vientre del lagarto se come, se comen las cuatro patas, su andar de garras y sus huevos; toda su anatomía de iguana se come, se baja del árbol a punta de piedras. Eso sirve, desde luego, para convencer por un día al estómago. Decirle: calma, tripa, no me derrumbes hoy, al menos solo por hoy. ¿Viste al hombre en la avenida desmembrar al perro flaco, rodeado de pantallas, de la curiosidad que se replica en dispositivos portátiles pero nunca en señales masivas, solo en misivas? Sordos avanzan en las selvas, en las llanuras y en las calles transitadas por personas que no miran el volante y la delgadez de los transeúntes. La destrucción embalada en el huevo deja escapar un anticipo de muerte con fisonomía auditiva. Verán pero no oirán; la tierra habitada por sordos, habitada por la sordera que nos hace sangrar los oídos; un delicado manar, una fuente que va fluyendo hasta tocar y manchar el suelo. La muerte se ve pero no se oye.

## V

La ojiva tocará suelo pero antes de hacerlo la onda que precede al golpe se esparce lenta. ¿Cómo puede ser lenta si la naturaleza física de la expansión indica que la onda tiene un ritmo que no da pie a la calma, mucho menos a la paciencia de una pausada caminata?

Una sola nave y su onda rompen todo lo que ven, todo lo que tocan, todo lo que pasa por sus alas; no hay sol, no hay voz: sí hay cal, más sal, sin paz.

Si oyen el ruido están casi muertos, si no lo oyen están muertos, quizá dormidos, dopados, anestesiados, quién sabe, a un paso de adquirir una postura horizontal, de tabla, madera, bien tiesa, para que todos marchen.

Los que iban parados podían oler

(manos en los tubos, tubos altos que sirven para no caer mientras el camión se mueve).

Era el olor fuerte de días sin agua y sin jabón, olor que percibe el vecino de ruta; qué rápido y fuerte llega, señores pasajeros, aquí mismo, fuerte y ácido, olor humano.

No había una ruta directa a nuestros destinos: había que subir a un transporte y bajarse, luego a un camión, y bajarse, luego caminar y seguir caminando; gente, solo gente en las calles y pocas maneras de regresar a casa.

A no ser que optemos por la espera indefinida y el resignado empeño de ver llegar otras maneras de regresar.

## IV

La onda recorrió el eje de las ciudades  
y las prendas no lavadas de las habitaciones.

Socavó los puentes inconclusos, las obras  
que adornan las avenidas y calles, magnas  
presencias que duermen en su altura de vigas.

Hubo una ligera sensación de vértigo que vino  
antes de la náusea; las personas movieron sus cabezas  
para sacarse todo el ruido pero ya era tarde.

Giro de la cabeza a la derecha y otro giro, similar,  
a la izquierda; mentón en alto y luego caída, sumisa,  
de la cabeza; abajo, bien abajo, tanto y tan hondo  
que la onda se sintió como un crujido de huesos  
por culpa del huevo, ojiva o nave flotante, líquida  
o dura que emana luz, según dicen, que ensordece.

Mirar es lo único permitido, lo que nadie cobra;  
por eso miran y miran; se contempla la ropa encima  
de los cuerpos que, siendo tan jóvenes y tan delgados,  
parecen más jóvenes de lo que realmente son; o quizás  
también más envejecidos, calcinados, decepcionados.

No importa que estos ojos se vayan secando  
y que solo queden cuencos vacíos, pues lo que  
importa es dejar algo de nosotros en las cosas  
vistas, en prendas, en las formaciones que  
a pesar de todo siguen siendo sexuadas, oh bellas  
formas que según dicen es nuestra marca,  
heredado orgullo exportable en afiches, algo  
así como suvenires de aeropuertos o establecimientos  
de provincia, vasijas con dibujitos, bisutería, zarcillos,



bebidas destiladas, dulces criollos, cintas, gorras, nombre de pueblos occidentales, parroquiales, cosas de aquí.

### III

En grupo fueron a ver el ocaso de la ojiva;  
no se puede dejar pasar el suceso, el avistamiento  
del objeto que les dará la calma y la sobriedad  
del granito y de las letras labradas con nombre,  
apellido y fecha detallada de nacimiento y defunción.

El golpe de la nave unió, en un mismo  
borde se alojaron, hacinados, los uniformados,  
los sucios, los hambrientos, muchísimos,  
jornaleros, obreros, gerentes, amantes, reos,  
pacientes, enfermos, muchos, desnutridos,  
motorizados; de esa manera casi olvidan el descenso  
pero el golpe llegó, la ojiva llegó y aunque sordos,  
enceguecidos por su luz, persiste el empeño de seguir  
tocándose, rozándose, tolerándose, de pie en  
los escasos vehículos y en la mayoritaria penuria  
que ya era corrosiva antes del avistamiento.

Ausencia de bocados para los cuerpos infantiles,  
reducidos a esta osamenta de niño con delicada capa  
de piel sin músculo, cuero, solo órganos en mínimo uso,  
despidiéndose de espaldas, acurrucado: ven, mi niño,  
mi niña linda, columna vertebral, nudo de huesos que  
se ve en este lado de la foto, de la pantalla, pobre niño  
o niña que persiste en una constante desaparición.

Padres, ay, tan jóvenes, que buscan y no encuentran  
aliento, diríase alimentos, para el niño, recién nacido,  
apenas pocos días fuera del saco materno, medianamente  
formado, que sale del saco materno medianamente  
de pie, a medias, escaso, más hueso que carne,  
menos carne que ánimos: mucho llanto en sus boquitas.

## II

Unas alas lisas se desplegaron y su tamaño originó una nueva prueba a la escasa voluntad que algunos habitantes conservaban con forma de estampas fuertemente apretadas en las manos. De los alerones brotaban huevecillos, no cónicos, más redondeados, circulares, pelotas que seguían una trayectoria desigual, diríase una caja de bolas que se sueltan por error y que en su involuntario movimiento no es posible enumerar. Cientos de esferas.

No sé por qué se pensó en cajas, en bolsas nutricias que llegaban a este territorio provenientes de lugares difíciles de ubicar en los planos. ¿Era un obsequio al quiebre de la voluntad, a la necesidad, a la hermandad o la fidelidad o sencillamente al instinto de supervivencia?

Alzar las manos y aceptar lo que de arriba cae.

Alzar las manos y aplaudir, no importa a quién.

Alzar y dejarse llevar, no moverse, para que la caja o bolsa nutricia aplaste el ánimo en caída libre.

Pudo haber sido más letal la caída, pensaron que así sería puesto que una bala siempre mata pero esta vez no; los nervios no paralizaron los ánimos y las piernas no temblaron; existía una debilidad instaurada en cada pecho y en la manera de caminar; la palidez ya era evidente y la posición de estatua, única pose, dictaba una apariencia ecuestre; pose de caballo con dos patas en alto y dos patas en el suelo, pose sin arreglos florales o conmemoraciones. Hombre y bestia tiesos.

## I

Y no tanto la muerte sino la pérdida de todo temor a morir. Y no tanto ser aplastado o convertido en quietud blanca sino el convencimiento de vivir sin motivaciones reales; sin miedo iban a buscar motivos para no morir y justificar la monotonía de la búsqueda incansable; seguían viendo el pecho al aire, pequeño, en lactancia materna, y en esa mínima boca de niño que chupa el pecho y los paseantes que miran la succión. No se logró registrar las maneras de aniquilar. La onda expansiva duró tanto y tan sostenida fue su trayectoria que la muerte llegó y se ajustó a la medida de todos los zapatos roídos, cansados de tantos pasos alrededor de la ciudad, en búsqueda tenaz y bastante agotadora de esos globos que de la ojiva caían, no se sabe si bolsas nutricias o vacías pero muy aptas para la asfixia de todos.

Ninguna escoba  
pudo barrer tanto  
polvo blanco del suelo.

Del cielo nadie pudo  
atajar la caída del fuselaje  
y su inestable movimiento.

Al fin cayó la ojiva

y calló a quienes aún  
gritaban. Ojalá hubiese  
quedado algún  
superviviente  
para contemplar  
este paisaje de cal,  
lienzo sin matices,  
solo figuras  
blancas, enflaquecidas,  
que si se tocan  
se desploman  
y generan una  
nube de fino  
polvo,  
más bien  
ce  
ni  
zas.



## **Néstor Mendoza**

Mariara, Venezuela, 1985

Estudió la carrera de Educación en la Universidad de Carabobo, en Valencia, y cursó estudios de Literatura Latinoamericana en el Instituto Pedagógico de Maracay. Poemas suyos han aparecido en distintos medios de Latinoamérica y España. Ha publicado los poemarios *Ombbligo para esta noche* (2007); *Andamios* (2012), merecedor del IV Premio Nacional Universitario de Literatura 2011; *Pasajero* (2015) y *Ojiva* (2019), libro que cuenta con una edición alemana: *Sprengkopf* (Hochroth Heidelberg, 2019), con traducción de Michael Ebmeyer. Algunos de sus poemas también han sido traducidos al italiano, inglés y francés. Forma parte de la antología *Nubes. Poesía hispanoamericana*, publicada en 2019 por la editorial Pre-Textos de España.

La ojiva o el arco ojival es un invento de los arquitectos persas que utilizaron los europeos para aligerar, elevar y llenar de luz sus edificaciones; protagonista del estilo gótico. Consiste en dos arcos de círculo que se enfrentan generando un apuntamiento superior. Ojiva designa también la parte delantera de un proyectil. He aquí la paradoja que toca al poeta Néstor Mendoza al construir su *Ojiva* como un extenso poema de veintiuna estrofas, organizado en forma decreciente, es decir, como una bomba de tiempo: va del texto XXI al I. *Ojiva* es un gerundio, ineludible. *Ojiva* es una ciudad del siglo XXI donde lo apremiante es amenaza que sucede y lo fulminante se prolonga. Es la verdad de la que no podemos escapar (pensando en Gottfried Keller).

*Ojiva* tiene la fuerza de la gravedad. En asombro de que choque o se desborde este «huevo sideral» metálico o líquido, pasamos de la excepción a un todo que resiste, a un tribunal del horror con «diversos ritmos» y de larga duración. Néstor Mendoza nos traslada del asombro a la estoicidad, a la evidencia del declive (físico, mental y emocional) que nos atañe desde todas las geografías, exhortándonos de un modo impactante, pues calibra la trágica eficacia de la muerte. *Ojiva* es la escritura del desastre, cuyo entendimiento no es otra cosa que «la locura regulada» (en palabras de Schelling).

**GERALDINE GUTIÉRREZ-WIENKEN**

**COLECCIÓN *Voz Aislada***